

La teoría económica neoliberal y el desarrollo

Rémy Herrera

En tanto rama de la economía que intenta mostrar cómo pueden desarrollarse las economías pobres del mundo, la economía del desarrollo tiene su origen en los años cuarenta y cincuenta del siglo xx. Una de sus primeras ideas fue que la economía de los países menos desarrollados estaba empantanada en un ciclo de pobreza y que, para desarrollarse, necesitaba un «gran impulso». Se pensaba que ese impulso debía consistir en un fuerte estímulo a la inversión, con la colaboración del gasto en infraestructuras y social del Estado, junto con el gasto del capital privado extranjero y la ayuda de los gobiernos de las naciones desarrolladas.

Gran parte de la economía del desarrollo se expresaba en forma narrativa; era una de las ramas de la economía menos formales y que menos utilizaba los modelos matemáticos. Por esa razón (y por otras, como luego se verá), cayó en descrédito a menos de una generación de sus inicios. La economía de la corriente dominante se consideraba a sí misma una «ciencia» rigurosa, y para sus economistas, lo que no era rigurosamente matemático no era economía, lisa y llanamente.

No obstante, a finales de la década de 1980, la economía del desarrollo comenzó a resurgir gracias a su reformulación en términos más «científicos». Según ciertos economistas, el desvanecimiento previo de la econo-

• Artículo publicado en *MR*, vol. 58, nº 1, mayo de 2006, pp. 38-50. Traducción de Marco Aurelio Galmarini. Rémy Herrera es investigador del CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique) y enseña en la Universidad de París 1 Panthéon-Sorbonne. También es coordinador del Foro Mundial de Alternativas.

mía del desarrollo fue una lástima (¿por qué no habrían sido más rigurosos sus fundadores?). Paul Krugman, destacado economista neoclásico y columnista del *New York Times*, lo expresaba con estas palabras: «Cuando pienso en la representación de la idea del Gran Impulso de Murphy *et al.* [cuyo artículo contribuyó a la resurrección de la economía del desarrollo], me sorprende preguntándome si era realmente necesaria tan larga recesión de la teoría. El modelo es sencillísimo: tres páginas, dos ecuaciones y un diagrama». ¹ De esa manera resume Krugman «la caída y el resurgimiento de la economía del desarrollo», medio siglo de historia del pensamiento sobre el desarrollo, entre la formulación del «gran impulso», que realizó Paul Rosenstein-Rodan en 1943, y su formalización a cargo de Kevin M. Murphy, Andrei Schleifer y Robert W. Vishny en 1989.

A causa de su falta de rigor, dice esta explicación, los «días de gloria de la “alta teoría del desarrollo”» no superaron los quince años y terminaron con la publicación, en 1958, de *The Strategy of Economic Development*, de Albert Hirschman. Según Krugman, la teoría del desarrollo, hasta su reformulación, no era más que un relato aproximado, con «algunos escritos maravillosos y algunas inspiradoras intuiciones», pero incapaz de dar forma matemática a sus supuestos básicos. Por esta causa se convirtió en un «callejón intelectual sin salida». Tan sólo en la década de 1980, cuando Krugman y otros consiguieron integrar en el paradigma neoclásico conceptos como el de rendimiento creciente o el de externalidades (conocidas en la teoría económica como «no convexidades»), la teoría del desarrollo experimentó un renacimiento y adquirió estatus científico. ²

Esta tesis de la desaparición-reaparición de la teoría del desarrollo es hoy compartida por la mayoría de los especialistas, y no sólo por los neoclásicos más ortodoxos —para quienes, puesto que fuera de la corriente principal de la economía no hay ciencia, es imposible un análisis del desarrollo que no haga referencia a los modelos estándar de esta— sino también por muchos economistas más heterodoxos. El presente artículo, sin embargo, discrepa profundamente de la interpretación ortodoxa de la economía del desarrollo. Trata de mostrar que la economía neoclásica, que ahora ha absorbido el desarrollo como uno de sus componentes, se halla inmersa en una grave crisis, y también que el predominio del pensamiento económico mayoritario en este campo teórico es inseparable del predominio de las políticas neoliberales de desarrollo.

Neoliberalismo contra desarrollo

La teoría del desarrollo nació en los años cuarenta y cincuenta del siglo xx a partir de una doble diferenciación: 1) respecto de la economía neoclásica típica, por el rechazo de los dogmas de los beneficios sistemáticos del comercio y de las virtudes del mercado; y 2) respecto de la economía keynesiana (dominante de 1945 a 1975, aproximadamente), por la crítica de la inadecuación del análisis keynesiano del paro y el crecimiento a corto plazo al examinar los problemas estructurales con los que se encuentran los países en desarrollo.

De esta manera, la teoría del desarrollo presentó desde el primer momento un elemento de heterodoxia. Por eso, el nuevo campo estimuló el análisis del desarrollo por parte de los que sostenían posiciones más radicalmente heterodoxas, como los marxistas y los estructuralistas, quienes a su vez crearon la economía de la planificación, el estructural-cepalismo,³ la teoría de la dependencia y teorías del sistema capitalista mundial. Estas evoluciones en la historia del pensamiento guardaban relación con las que tenían lugar en la historia fáctica: las grandes revoluciones del siglo xx (Rusia, China, Vietnam y Cuba), los movimientos de liberación nacional (India, el mundo árabe y África) e incluso las necesidades de reconstrucción del periodo de posguerra (el Plan Marshall en Occidente). El surgimiento de autores en el Sur, como Raúl Prebisch y Celso Furtado en América Latina, P. C. Mahalanobis en Asia y Samir Amin en África, nos hicieron comprender que la teoría del desarrollo, nacida en Europa, lo mismo que antes la economía política, no es monopolio del Norte. Por tanto, la economía del desarrollo apareció en el espacio intelectual abierto por las transformaciones sociales que tuvieron lugar bajo la presión de las luchas de los pueblos en todo el mundo, intentos más o menos radicales de marcar distancia respecto de las leyes del sistema mundial. Se colocó al Estado en el centro de todas las estrategias de cambio estructural, y se le encomendó la tarea de lograr, en la medida de lo posible, la autonomía, o dinámica «autocentrada» de las condiciones de acumulación: en el Este y en los países socialistas del Sur, la planificación y la industrialización y, en los demás lugares, el desarrollismo capitalista de las burguesías nacionales. Eso resultaba tanto más fácil de entender cuanto que el único despegue de un país no-europeo dentro del sistema capitalista, Japón, ofrecía el ejemplo de una industrialización rigurosamente dirigida por el Estado (la Era Meiji). Fue justamente ese espacio, el del producto de la historia de los hechos y la historia de las ideas, el que reconquistaron el neoliberalismo, en las prácticas, y la nueva corriente neoclásica dominante, en la teoría económica, en las décadas de 1970 y 1980.

El neoliberalismo significa la vuelta al poder de las finanzas, es decir, de los poderosísimos dueños mundiales (y en particular, estadounidenses) del capital. Comenzó a finales de la década de 1970, precisamente a partir del alza de las tasas de interés en Estados Unidos (1979) que agravó la crisis de la deuda del Tercer Mundo. Este regreso al poder se produjo sobre las ruinas de los pilares del sistema mundial (por ejemplo, las tasas fijas de intercambio de divisas) edificado después de la Segunda Guerra Mundial. La caída de las tasas de beneficio registrada en los países del centro a fines de la década de 1960 se profundizó y, en la década siguiente, se convirtió en una franca crisis capitalista, caracterizada por la tendencia de todo el sistema al caos monetario-financiero, con la explosión de desigualdades y paro generalizado. La conjunción del cuestionamiento de la regulación keynesiana del capitalismo en el Norte (como consecuencia de la estanflación de la década de 1970, o sea, del aumento simultáneo del paro y los precios), los fracasos de los proyectos desarrollistas de las burguesías nacionales en el Sur (la crisis de la deuda en los años ochenta) y el hundimiento del bloque soviético en el Este (a principios de los noventa), provocaron un cambio muy profundo y de alcance mundial en las relaciones entre el capital y la fuerza de trabajo.

Como las orientaciones adoptadas por los pioneros de la teoría del desarrollo no eran las de la corriente dominante y como las fuerzas sociales que la sostenían estaban perdiendo terreno, dicha teoría sólo podía ser considerada por la ortodoxia neoclásica como un resto estancado de la decadencia científica. Los fracasos de las políticas de desarrollo, en especial las industrias de sustitución de importaciones, se hicieron evidentes en la década de 1980, precisamente el periodo en el que el neoliberalismo hizo su aparición.

Es en ese contexto de retirada de los trabajadores y los pueblos de la periferia en el que debe entenderse la ofensiva global de la ideología neoliberal en su gestión de la crisis de expansión del capital. Sus dogmas son bien conocidos. En el ámbito nacional, se trata de lanzar una agresiva estrategia antiestatal mediante: 1) la deformación de la estructura de la propiedad del capital en beneficio del sector privado, 2) la reducción del gasto público con fines sociales, y 3) la imposición de la austeridad salarial como primera prioridad en la lucha contra la inflación. En el ámbito global, los objetivos son perpetuar la supremacía del dólar estadounidense en el sistema monetario internacional y promover el libre comercio desmantelando el proteccionismo y liberalizando las transferencias de capital. La normalización de esta estrategia de desregulación planetaria es una de las funciones de los principales organismos internacionales (ante todo, el Fondo Mone-

tario Internacional [FMI], el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio [OMC]) y de las instituciones monetario-financieras locales (los bancos centrales «independientes»). Todo el edificio queda así bajo el control de los Estados Unidos, cuya superioridad militar garantiza el funcionamiento global del sistema.

Como consecuencia de todo ello, queda proscrita cualquier idea de desarrollo fuera del marco del capitalismo neoliberal, así como una teoría del desarrollo que sea independiente en tanto que disciplina ajena al corpus neoclásico dominante. Desde comienzos de la década de 1990, los organismos internacionales, en especial el FMI, han prodigado las recomendaciones de «buena gobernanza» a sus «países clientes». ⁴ El FMI también trata de promover la buena gobernanza que cubra «todos los aspectos de la gestión de los asuntos públicos», con el objetivo de hacer más transparente la toma de decisiones políticas y de facilitar el acceso a un máximo de información relativa a las finanzas públicas y a los procedimientos de auditoría, y, más recientemente, de «combatir la financiación del terrorismo». ⁵ Lo que está en juego es la determinación de las políticas de los Estados nacionales con el objetivo de crear el entorno institucional más favorable para la apertura del Sur a los mercados globalizados.

Como reflejo de las necesidades de las fuerzas financieras bajo el neoliberalismo, la buena gobernanza puede verse como una inversión de lo que objetivamente podría llamarse «buen gobierno». El objetivo no es promover la participación democrática de los individuos en la toma de decisiones o respetar su derecho al desarrollo, sino lograr una desregulación del mercado promovida por el Estado, es decir, una nueva regulación dirigida por las fuerzas dominantes del capital. Ante la incapacidad del neoliberalismo para gestionar la crisis y la negativa del FMI, el Banco Mundial y la OMC a reconocer la urgencia por encontrar alternativas capaces de imponer límites dinámicos a la expansión del capital, con independencia del impulso de este hacia la maximización de los beneficios, la buena gobernanza sólo puede intensificar su crítica a los fracasos del Estado. A los funcionarios públicos no sólo se los acusa de buscar su propio beneficio económico, sino que se pone en tela de juicio su capacidad para gestionar los asuntos públicos, sobre todo en el Sur endeudado, y para crear y mantener unas instituciones «decentes», no tanto a favor de la gente como del capital. La retórica moralizante adjunta sobre la responsabilidad de los Estados (a los que se achacan todos los errores) y el discurso sobre la irresponsabilidad de sus agentes (cuando no se cuestiona su decencia básica) son pura y simplemente una legitimación de lo que se podría llamar opciones «ultraliberales» de dejación de las prerrogativas normales del

Estado, que en ciertos casos llega al extremo de deslocalizar la defensa nacional, sustituir la moneda nacional por una extranjera y privatizar la recaudación de impuestos.

Llegamos así a una sorprendente paradoja, inherente a la «buena gobernanza»: los organismos internacionales llaman a los gobiernos a adoptar políticas económicas neoliberales impuestas desde fuera, mientras que los mercados financieros globalizados arrebatan la soberanía a esos Estados y el capital extranjero del centro se introduce en la estructura de propiedad capitalista de los países periféricos. Mientras las organizaciones internacionales gestionen los aparatos de Estado del Sur directamente desde el centro del sistema mundial, neutralizan el poder de esos Estados al despojarlos de todas sus prerrogativas y reduciendo al mínimo sus márgenes de maniobra. ¿No será ese, en realidad, el secreto de la gobernanza ideal? ¿A qué democracia pueden pretender acogerse las autoridades públicas cuando su ejercicio de la soberanía nacional se reduce a la liberalización de los mercados, el pago de dividendos a la inversión extranjera y la devolución de la deuda externa?

La absorción del desarrollo por la economía neoclásica

Hace más de veinte años que los economistas neoclásicos dominan casi en solitario la teoría económica, incluida la teoría del desarrollo económico. Su ambición es analizar todos los hechos socioeconómicos a partir de los comportamientos individuales de maximización. El núcleo de la economía neoclásica y la fuente de su aspiración a ser una ciencia es la teoría del equilibrio general. Esta teoría pretende mostrar que cuando todos los compradores y todos los vendedores del mercado actúan según su propio interés, la competencia produce un único conjunto de precios y cantidades que crea una correspondencia perfecta entre la oferta y la demanda de todos los bienes y servicios y de todos los insumos utilizados en la producción. Más aún, una vez que se alcanza ese conjunto de precios y cantidades «en equilibrio», el bienestar social será el máximo posible, en el sentido de que ningún individuo podría mejorar su situación sin empeorar la de otra persona.

La teoría del equilibrio general, con su pesada formalización matemática, su rigurosa normatividad y su dependencia de una multitud de supuestos sin base real, es la piedra angular de toda la microeconomía estándar. Su verdadera finalidad es determinar de qué manera las elecciones de la multitud de agentes (compradores y vendedores) pueden coordinarse den-

tro de un marco que integre la totalidad de las interdependencias asociadas a sus intercambios. Esas elecciones, que se suponen libres, racionales y motivadas por el interés personal, no sólo dependen de las características de los agentes (participación en los factores de producción, gustos y preferencias, conjeturas y funciones de producción), sino también de la forma de organización social en la que operan sus relaciones.

El caso privilegiado es una estructura de mercado de competencia perfecta que permite que el modelo, dados los supuestos de Arrow-Debreu (así llamados en honor a Kenneth Arrow y Gérard Debreu, ambos premios Nobel),⁶ ofrezca una solución de equilibrio en la que es posible la coordinación de las elecciones individuales, a la vez que una asignación «óptima» de recursos (en el sentido arriba descrito y originariamente formulado por el economista Vilfredo Pareto).

Aunque este modelo apunta al procesamiento de la información relativa a una gran cantidad de individuos, debido a las dificultades técnicas con que se encontraron, a menudo los economistas neoclásicos se vieron obligados a desarrollar el modelo con un grupo muy restringido de agentes, bajo el supuesto de que se trataba de un grupo «representativo» de la totalidad. En casos extremos, pero que distan mucho de ser excepcionales, puesto que permiten simplificaciones matemáticas, sólo hay un agente; se da por supuesto que todo el análisis puede realizarse adecuadamente en el caso de un solo individuo, como Robinson Crusoe en su isla. En la medida en que el equilibrio general proporciona una última referencia teórica a casi todos los modelos neoclásicos, su conocimiento también es decisivo para los autores heterodoxos críticos.

Desde finales de la década de 1970, la teoría se ha aplicado ampliamente en el campo del desarrollo, gracias al uso de modelos de equilibrio general computable. Estos modelos calculan, sobre la base de los comportamientos individuales, los valores de las variables de equilibrio en la economía, como el precio o los efectos cuantitativos derivados de las variaciones de los parámetros del modelo vinculados a la política económica, como son los impuestos o los subsidios. Por ejemplo, si una nación establece un salario mínimo para los trabajadores, ¿producirá eso un incremento del desempleo? El Banco Mundial empleó de forma sistemática esas herramientas con el fin de tratar de justificar teóricamente y dar credibilidad política a las medidas antisociales de ajuste estructural que imponía al Sur, con lo que contribuyó a su difusión a las esferas académicas.

Además, el estudio del papel de las instituciones (tales como los sindicatos, el Estado, el ejército, las organizaciones y normas religiosas, etc.) en el crecimiento llevó igualmente a los economistas neoclásicos a ocuparse

de cuestiones relacionadas con el desarrollo. Durante mucho tiempo, de acuerdo con la teoría estándar de la competencia perfecta, las instituciones se consideraban datos exógenos, es decir, que había que tomarlas como algo dado y era imposible aplicarles el análisis económico. De esta manera, el análisis de las instituciones quedaba fuera del razonamiento económico y se dejaba a otras disciplinas de las ciencias sociales relacionadas con las categorías colectivas, como la sociología o las ciencias políticas. Sin embargo, más recientemente, los economistas han colocado las instituciones en el seno mismo de los modelos de equilibrio general y han aplicado a sus comportamientos el análisis económico convencional. Pero, para eso, los economistas ortodoxos han dado simplemente por supuesto que los comportamientos individuales de maximización pueden explicar completamente el sentido y el comportamiento de las instituciones. Por ejemplo, cuando George Akerlof utilizó la teoría de juegos para analizar las castas de la India, comenzó por suponer que existe un modelo común de comportamiento económico, aplicable en todas las épocas y en todos los sitios, a saber, el modelo de equilibrio general de competencia perfecta de Arrow-Debreu.⁷ Existe incluso quien, para facilitar el argumento, supone que, «en el principio», estaban los mercados.⁸

En macroeconomía, la economía del desarrollo ha recibido una fuerte influencia de la nueva teoría neoclásica del crecimiento, llamada «crecimiento endógeno». Esos modelos (por ejemplo, los de Paul Romer o Robert Lucas), trataban de explicar el crecimiento del PIB mediante el propio proceso de acumulación, es decir de modo endógeno (esto es, mediante los factores de producción), sin recurrir a motores exógenos, como en el famoso modelo de Solow de 1956. Lo esencial del modelo solowiano era la idea de que, en cualquier economía, rica o pobre, el crecimiento «en creación continua» se produce automáticamente en condiciones de plena dependencia de unos mercados competitivos. El «gran impulso» no era en realidad necesario; bastaba con una estructura institucional que permitiera hacer su papel a la competencia guiada por el propio interés. Una de las predicciones de la nueva teoría del crecimiento endógeno es la ausencia de convergencia de crecimiento entre distintos países, con la conclusión clave de que, en la economía de mercado, el Estado debe intervenir para acelerar la acumulación del capital y lograr así el desarrollo a largo plazo. Gracias a estos modelos, los economistas neoclásicos se encuentran hoy en una posición dominante en el diseño de modelos de crecimiento a largo plazo. Y muchos economistas heterodoxos, exasperados por la tesis antiestatal neoliberal, reaccionaron a los atractivos de esta nueva teoría neoclásica.

La crisis de la economía neoclásica

Así pues, la economía neoclásica oficial ha puesto a los economistas heterodoxos a la defensiva y los ataca en el frente tanto de la micro como de la macroeconomía, pero también en el de las instituciones. Sin embargo, es importante entender que la acometida neoclásica no se debe a su superioridad teórica. La economía neoclásica está sumida en una profunda crisis teórica. En microeconomía es (matemáticamente) imposible para los neoclásicos demostrar la singularidad del equilibrio general —que se ha analizado más arriba— a partir de los comportamientos de maximización de los agentes.⁹ Por supuesto, esos problemas teóricos nunca aparecen mencionados en los estudios neoclásicos dedicados al desarrollo, en especial los modelos de equilibrio general computable, pero constituyen el desafío más serio a la corriente dominante. La economía neoclásica no tiene respuesta para ellos. En macroeconomía, el postulado tantas veces utilizado del agente representativo¹⁰ plantea un interrogante: ¿tiene sentido hablar de «mercado», «intercambio» o «precio» si hay un único agente solitario? Además, la nueva teoría neoclásica del crecimiento es incapaz de explicar un concepto fundamental como el de «capital», al que considera el motor del crecimiento (¿cómo se relaciona con el conocimiento, el capital humano o la infraestructura?), o incluso el de Estado (¿cómo se distingue del agente único?).

En los campos neoinstitucionales, la ideología de las elecciones individuales libres conduce a catástrofes intelectuales, como la explicación del feudalismo de C. Douglass North,¹¹ o la del resurgimiento actual de la aparcería en el Sur, de Joseph Stiglitz.¹² ¿Acaso no nos enseñó Oliver E. Williamson que todos los «contratos privados» que derivaban de transacciones interindividuales eran racionales y eficientes en cada periodo de la historia?¹³ ¿Sorprende acaso verlo reivindicar la paternidad y la validez de las «reformas institucionales» del Consenso de Washington? Lo que los neoclásicos presentan como progresos en la teoría son en realidad retrocesos intelectuales que convierten la ciencia económica en ciencia-ficción económica.

Es fundamental comprender la función ideológica de las teorías neoclásicas.¹⁴ Sirven para dar un barniz científico a la política del neoliberalismo. No es casual que la teoría predique lo que el neoliberalismo lleva a la práctica: el neoliberalismo sólo asigna al Estado un papel al servicio del capital privado, y, en verdad, lo que otrora fueran bienes públicos, hoy tienen que ser privatizados. Todo debe «pasar por el mercado», incluso la producción íntegra del conocimiento y la educación. No se trata de que el Estado no

deba actuar, y en esto los neoclásicos modernos se diferencian tanto de los antiguos antiestadistas como de la posición libertaria de economistas como Friedrich Hayek. El Estado sencillamente debe asegurar que el capital privado y las empresas transnacionales reinen por encima de todo. Toda pretensión de objetividad de parte de los economistas neoclásicos quedó en entredicho cuando los economistas Milton Friedman, Gary Becker y Robert Lucas, todos galardonados con el Nobel, comparecieron juntos «para apoyar enardecidamente el programa económico de George W. Bush».

La crisis del neoliberalismo

Hace ya tres décadas que se utilizan políticas neoliberales para gestionar la crisis capitalista. Es mucho lo que han ofrecido, en concepto de oportunidades de inversión especulativa, a los grandes propietarios de capital, lo que equivale a decir a las altas esferas financieras, sobre todo las estadounidenses. Para contrarrestar la falta de salidas a inversión para los enormes excedentes que estos propietarios han extraído de los trabajadores, los campesinos y los pueblos en general, las políticas neoliberales han tendido a ampliar esas salidas y evitar cualquier desvalorización de capital. Esas políticas han sido perjudiciales para la mayor parte de la humanidad. El Sur global ha sufrido sobre todo los pagos de la odiosa deuda externa, la fuga de capitales y la repatriación de los beneficios de las inversiones extranjeras. El neoliberalismo no es un modelo de desarrollo; es la estrategia puesta en práctica por las altas finanzas para esquilmar al Sur mientras consigue una lenta acumulación de capital en el Norte. A pesar de sus fracasos en todos los terrenos (y por implicación, el fracaso de sus legiones de expertos),¹⁵ se lo sigue imponiendo unilateralmente y de forma no-democrática. Mientras tanto, las desigualdades intranacionales e internacionales crecen vertiginosamente.

Incluso los mecanismos reguladores del capitalismo global están en crisis. Hoy, la característica fundamental del poder de los sectores financieros globalizados bajo hegemonía de Estados Unidos es su militarización. Esto no se mide tanto por el aumento del indicador de la «carga militar» —el gasto militar como porcentaje del PIB— como en la agresiva expansión de las bases militares norteamericanas por todo el mundo, así como por la creciente presencia de corporaciones transnacionales dentro del complejo militar-industrial. La globalización se llama imperialismo, y un imperialismo cada vez más abiertamente impuesto por la guerra. El sector de las

finanzas está en guerra contra cualquiera que promueva o afirme un desarrollo autónomo, y ese desarrollo es la causa primera de las guerras imperialistas que dan su apoyo a los intereses financieros. En Irak, por ejemplo, es obvio el deseo del capital de controlar el petróleo. Sin embargo, hay una realidad más decisiva aún: lo que está en juego y lo que para los altos intereses financieros hace necesarias esta y otras guerras es la reproducción de las condiciones que permiten al poder del capital mantenerse y crecer. La clase capitalista ya no puede retener su poder si no es por medio de la guerra. Es interesante observar que los economistas neoclásicos han empezado a desarrollar muy en serio una economía de defensa, pero hasta ahora sus esfuerzos han sido infructuosos. Una razón de este fracaso es la incapacidad de la economía neoclásica para ocuparse del conflicto, ¡un auténtico problema para un análisis de la guerra!

De la lucha contra la pobreza a la guerra contra los pobres

La aplicación de políticas neoliberales, uno de cuyos soportes ideológicos es que esas políticas reducirán la pobreza, se ha ido convirtiendo progresivamente en una guerra contra los pobres. En esa guerra, la mayoría de los economistas, incluidos los que suele describirse como sensibles a los aspectos sociales del desarrollo, o aun los que se tiene por críticos del neoliberalismo, como Joseph Stiglitz y Amartya Sen, no proponen alternativas al despliegue general del neoliberalismo. Sin duda, las críticas formuladas por los «grandes» economistas (ganadores del Premio en Memoria de Nobel que otorga el Banco de Suecia en ciencias económicas) son muy agudas, en especial por lo que respecta a las cuestiones que plantean las Metas de Desarrollo para el Milenio de Naciones Unidas. Thomas Schelling (otro- ra empleado por la Rand Corporation, donde su trabajo ejerció una influencia importante sobre las decisiones de Robert McNamara durante la larga escalada de la Guerra de Vietnam), que recibió el Nobel por sus «descubrimientos» en teoría de los juegos, formó parte del «grupo de expertos» del «Consenso de Copenhague» de 2003, constituido para evaluar las Metas de Desarrollo del Milenio. (El llamado «Consenso de Copenhague» fue convocado por el antiecológico Bjørn Lomborg, famoso por su libro *The Skeptical Environmentalist*, con el respaldo del Instituto Nacional de Evaluación Medioambiental de Dinamarca.) Schelling recomendaba que: 1) la ONU otorgara baja prioridad al objetivo de reducir los gases de efecto invernadero (previamente había apoyado el rechazo estadounidense del Protocolo de Kyoto); 2) la ONU promoviera más liberalización comercial;

3) se diera mayor protección a las patentes corporativas de los medicamentos para el sida; y 4) se promoviera la producción de organismos genéticamente modificados para combatir la malnutrición.

Uno se siente tentado a considerar los puntos de vista de Schelling como un caso excepcional entre los economistas premiados con el Nobel. Pero no lo es. Fogel (ganador de este premio en 1993), cuya interpretación de la esclavitud en Estados Unidos racionalizaba el fenómeno básicamente como un tipo de elección libre de relaciones entre amos y esclavos!, también fue miembro del grupo de expertos del Consenso de Copenhague y formuló recomendaciones semejantes a las de Schelling, con la liberalización comercial entre las primeras prioridades globales, mientras los intentos de abordar la malnutrición y el hambre, junto con la lucha contra el calentamiento global, quedaban relegados a los últimos lugares.¹⁶

Y no podemos olvidar a Milton Friedman (Premio Nobel de 1976), quien piensa que la intervención del Estado más allá de los servicios educativos que ofrece el mercado «no es necesaria», y que esa intervención lleva a un sistema mucho peor que el que tendríamos si el mercado hubiera tenido un papel cada vez más destacado. Ni a Hayek (Nobel de 1974), cuyas posiciones ultraliberales son suficientemente conocidas como para que haga falta explicarlas aquí. Ni a Gary Becker (Nobel de 1992), quien declaró que la voluntad de los «Chicago Boys» [economistas de la Universidad de Chicago] de trabajar para el general Pinochet fue «una de las mejores cosas que le habían sucedido a Chile». ¹⁷ Como inspirador del grupo de la Universidad de Chicago, llegó a afirmar que se sentía «orgulloso de la fama hartamente merecida» del mencionado equipo de economistas. Con la misma mentalidad, Robert Barro (candidato al Nobel) dejó escrito que el actual «buen» rendimiento económico de Chile se debe, sin duda, a las reformas neoliberales puestas en práctica por Pinochet durante el periodo 1973-1989, pues nadie hizo más que él para demostrar la «superioridad» del capitalismo sobre el socialismo.¹⁸

Los «grandes economistas» de mano amable y suave

La ideología reaccionaria de algunos «grandes» economistas, ya señalada, es relativamente bien conocida y ha sido muchas veces denunciada. Pero los argumentos básicamente proneoliberales de los ganadores más moderados del Premio Nobel, a los que habitualmente se considera críticos populares del sistema, como Stiglitz y Sen, por ejemplo, merecen mucha menos atención crítica. Estos dos autores «de moda» saben cómo «nave-

gar» sobre la ola de las protestas contra el neoliberalismo salvaje y sobre la necesidad de regulación del mercado para promover un capitalismo «de rostro humano». Sin embargo, se trata de un grave malentendido, porque ninguno de ellos recomienda restituir el Estado del bienestar, modificar la estructura de propiedad del capital a favor del sector público, aplicar una política de redistribución de rentas o promover los servicios públicos, y mucho menos aún se pronuncia a favor del desarrollo con planificación estatal. A pesar de algunos matices o sutilezas, sus argumentos siempre implican que el Estado debería someterse de plano a las fuerzas dominantes del capital global y contribuir a su acumulación de capital.

Stiglitz (Nobel en el año 2000) era todavía economista jefe del Banco Mundial cuando se publicó el informe de 1998-1999 sobre «Conocimiento para el Desarrollo».¹⁹ El informe nos enseña qué es lo que significa la «cooperación» con el sector privado en los campos de la información y las telecomunicaciones: privatización, desmantelamiento de la investigación pública (incluso la transformación de los institutos de investigación en sociedades anónimas), y la mercantilización de la educación (incluso ayudando a los pobres a *pagar* sus estudios). El informe sigue la misma línea de la serie de informes previamente publicados por el Banco Mundial sobre infraestructura, medio ambiente, salud o dividendos de la paz, que daban apoyo a las transnacionales garantizándoles que quedarían al margen de todo riesgo de nacionalización, concediéndoles, a costa del Estado, la construcción de infraestructuras para la acumulación de capital, fomentando la explotación forestal para la exportación, recortando los presupuestos públicos y los programas sociales, y abriendo jugosas salidas comerciales a sus complejos militares-industriales (antes de recomendar el desarme para que continuara la refinanciación de las deudas del Tercer Mundo).

A Sen (Nobel de 2004) se lo suele presentar como defensor de «otra voz» en la lucha contra la pobreza. Su análisis se centra en la escasez de activos de los pobres (sobre todo en capital humano), lo que les impide salir de la pobreza por la vía de la participación activa en los mercados. Las ideas de Sen han influido considerablemente en las organizaciones internacionales relacionadas con el desarrollo humano. Sin embargo, su razonamiento es principalmente una copia perfectamente compatible de la teoría neoclásica (incluido el equilibrio general y su individualismo metodológico). Y, en sus discursos éticos «pluralistas» —a menudo muy confusos—, sus propuestas se unen a las de los promotores de la buena gobernanza del Banco Mundial y el FMI. Obsesionado por el individuo solitario y sus oportunidades (y capacidades) para elegir, Sen descuida casi sistemáticamente la cuestión de la distribución de recursos entre grupos sociales, y

sobre todo la de las desigualdades en la propiedad del capital. De la misma manera que Stiglitz y tantos otros (de Krugman a Jeffrey Sachs), Sen se pierde en la ficción de las libres elecciones individuales de los agentes. Eso guarda una estrecha relación con el concepto ideológico de la «democracia» que considera que esta descansa simplemente en las elecciones individuales y oculta los efectos de la dominación de clase y/o nacional, así como las violentas relaciones de fuerza entre explotadores y explotados, que es la contradicción esencial del capitalismo desde su origen mismo.

Actualmente, el dominio de la economía neoclásica en la teoría del desarrollo es paralelo al del poder neoliberal de las altas esferas financieras sobre las políticas de desarrollo. Eso no quiere decir que todos los economistas neoclásicos sean neoliberales. Una de las complejidades de este tiempo surge precisamente de la esquizofrenia de un buen número de economistas, neoclásicos en el despacho y pseudodefensores de las clases populares durante el fin de semana. Significa simplemente que hay importantes complementariedades entre esas dos formas de dominación ideológica, que se refuerzan mutuamente y son interdependientes. Así, a mi juicio, lo que descalifica estos enfoques no es únicamente la ausencia de base científica y las incoherencias lógicas, sino también la función ideológica y el proyecto antisocial que sus metodologías y conclusiones alimentan al servicio del capital mundial.

Los autores heterodoxos ya no pueden permitirse seguir desunidos por polémicas inútiles ni continuar reproduciendo divisiones anticuadas. No obstante, no es predicando nuevas «síntesis» ni sometiendo ellos mismos a la corriente neoclásica dominante como conseguirán movilizar fuerzas para la reconstrucción de una auténtica alternativa crítica. Hoy, más que nunca, el problema sigue siendo cómo podemos superar los fallos del pasado para construir un genuino proyecto de desarrollo en el marco de una alternativa poscapitalista: una alternativa social o, mejor aún, tal vez socialista. Estas son las cuestiones que han estimulado la aparición de heterodoxias en economía del desarrollo desde el primer momento.

Notas

1. Paul Krugman, «The Fall and Rise of Development Economics», 1993, <http://www.wws.princeton.edu/pkrugman/dishpan.html>.
2. Paul Krugman, «Increasing Returns and Economic Geography», documentos de trabajo del National Bureau of Economic Research, 3275, Cambridge, Massachusetts, 1990.
3. De la Comisión Económica para la América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL).
4. Rémy Herrera, «Good Governance against Good Government», *Report for the 60th Session*

- of the UN Commission of Human Rights, E/CN.4/2004/NGO/124, Ginebra, julio de 2004.
5. Fondo Monetario Internacional, *Good Governance: The IMF Role*, International Monetary Fund, Washington D.C., 2003.
 6. Alan P. Kirman, «The Intrinsic Limits of Modern Economic Theory: The Emperor Has No Clothes», *Economic Journal*, 99, n° 395, 1998.
 7. George A. Akerlof, «The Economics of Caste and of the Rat Race and Other Woeful Tales», *Quarterly Journal of Economics*, 90, n° 4, noviembre de 1976.
 8. Oliver E. Williamson, *Markets and Hierarchies*, Free Press, MacMillan, Nueva York, 1975.
 9. Hugo F. Sonnenschein, «Do Walras' Identity and Continuity Characterize a Class of Community Excess Demand Functions?», *Journal of Economic Theory*, 6, 1973.
 10. Para un ejemplo de una verdadera teoría del ciclo económico, véase Finn E. Kydland y Edward C. Prescott, 1982 (ganadores del Nobel en 2004).
 11. El señor ofrecería bienes colectivos para los que no hay mercado (defensa, por ejemplo) y, en contrapartida, la remuneración de sus servicios adopta formas institucionales adecuadas (servidumbre, «contrato implícito») para impedir cualquier conducta de «gorrón» [*free-rider*] en nombre de sus súbditos. Véase Douglass C. North, *Institutions, Institutional Change, and Economic Performance*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.
 12. El contrato de aparcería racional y eficiente sería aquel cuyos términos aseguren a los propietarios de la tierra el equilibrio entre, por un lado, los riesgos de la incertidumbre asociada a las fluctuaciones de los ingresos procedentes de la tierra y, por el otro, los incentivos laborales de los aparceros. Véase Joseph Stiglitz, «Incentives and Risk Sharing in Sharecropping», *Review of Economic Studies*, 41, 1974.
 13. Oliver E. Williamson, *Markets and Hierarchies*, Free Press, MacMillan, Nueva York, 1975.
 14. Rémy Herrera, «The Hidden Face of Endogenous Growth Theory: Analytical and Ideological Perspectives in the Era of Neoliberal Globalization», *Review of Radical Political Economics*, 38, n° 2, 2006.
 15. Por ejemplo, véase Jeffrey Sachs, *The End of Poverty*, Penguin Press, Londres, 2005.
 16. Bjørn Lomborg (ed.), *Global Crises, Global Solutions*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.
 17. Gary S. Becker, «Latin America Owes a Lot to Its "Chicago Boys"», *Business Week*, 9 de junio de 1997.
 18. Robert J. Barro, *Nothing Is Sacred*, MIT Press, Cambridge, 2002.
 19. Banco Mundial, *World Development Report 1998-99*, World Bank, Washington D.C., 1999.